

EXPERIENCIAS DE VIDA CON LA CÁTEDRA LIBRE DE DERECHOS HUMANOS

De cómo recordar en tiempos de invasiones

DUDO

¿Sabría H. G. O. que su personaje nunca iba a dejar de viajar? Pasaría de deshacerse frente al fuego inquisidor, permanecer silencioso al fondo de una biblioteca vuelta escondite o habitar un pozo en un jardín suburbano, hasta volver a despertar la imaginación y la potencia. Se volvería mito, serie mundial. Se volvería un invasor que une historias. Que teje los retazos con hilos de imaginación y así, entonces, iría juntando la fuerza-esperanza necesaria para tocar con dos golpes (dos) la puerta de la duda.

IMAGINO

Mi abuela Juani nos había contado de su amistad con O. Apellido difícil. Había tantos apellidos, apodos, nombres de guerra. Ese era de los difíciles. También nos había contado de su admiración. Sucedió que había admirado tanto a mi abuelo como a los amigos talentosos de él. En pleno 1976 planearon un encuentro ¿en una plaza? Querían verse, reencontrarse, quizás tocarse y reírse de ellos, los de antes de todo. Pero ya habían empezado a desaparecer... Ya no serían los mismos, ya no tenían, ninguno de los dos, a todos sus hijos en este mundo.

"Estábamos tan tristes", invento ahora yo que me dijo ella, porque no retuve las palabras exactas, pero sí su cara y su voz. Lo invento porque se parece a "nos habíamos amado tanto" y a ella le encantaría. "C'eravamo tanti amanti". Es que en una casa donde la risa, las anécdotas, los disparates y las

Cristina Inés Bettanin

Instituto Gino Germani (FSOC UBA)

titibetta@gmail.com

sorpresas sirvieron de antídotos al horror, el recuerdo no vivido del triste encuentro con el creador de *El Eternauta* marcaba la cancha. Pasaporte a la verdad. Como estoy en una invasión —ya lo dije— ahora vuelve, se hace presente más que nunca, como tantos otros “recuerdos no vividos” que viajan por el tiempo haciendo lo que quieren con nosotras.

CUMPLO

Entre otros vencimientos formales e imaginarios de mi vida “actual”, vence el plazo de presentación de este escrito. Voy corriendo, entonces, a los años noventa. Tengo con qué. Sí, sí. Tengo la imagen intacta, claro. Escribir como familiar, sí. Puedo. Hace siete meses que lo tengo en la cabeza y que también quería y podía. Pero no. Siete da la suma si cuento a los hijos de esos dos que se encontraron tristes —quería incluirlo y no venía sabiendo cómo—. Y son tres las formas de sus muertes: desapariciones, envenenamiento, asesinato ¿habría otra más? Miles fueron (y después fuimos) los sobrevivientes. Tres legajos estudiantiles se repararon y nos entregaron en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Los de Leonardo Bettanin, Cristina Bettanin y Guillermo Bettanin. Treinta años cumple la Cátedra Libre de Derechos Humanos. Hermoso nombre para esos tiempos y para estos tiempos.

RECUERDO

La primera vez fue una clase. Había ido sola, conté las cuatro cuerdas desde Rivadavia. Con dieciocho años hacía poco que vivía en Capital y la altura de las calles eran mis aliadas (y lo son aún), porque me despistaba (y me despisto) fácil. Yo estudiante, pero de Sociales. Subí las escaleras, empezaba a las siete de la tarde, casi segura. Ahí pasaba algo. Aula llena. Bayer. Impresionante. Qué bueno que vine. No necesitábamos presentarnos. Nos reconocíamos.

Era el principio de todo, íbamos al encuentro de cada pista de la historia. Era el momento de construir lo público de “los recuerdos no vividos”. Me parecía que Buenos Aires los había escondido todos esos años para mí. Los hijos de Juani se aparecían en (nuevas) formas mágicas: caras emotivas de docentes (sobrevivientes) universitarios al escuchar mi apellido o también

en modo de pregunta sobre posibles vínculos y linajes. Fue en las aulas del CBC que una docente me comenta que lo vio a (otro) tío, Jaime, en la ESMA. Que había estado tan solo dos días, pero estaba segura de que era él, que me lo tenía que decir: ¿cuánto tiempo había pasado? El silencio cedía a las preguntas. ¿No más silencios?

Ellos, entonces, siguieron sobrevolando los rincones de calles o bares porteños, se colaban a modo de muestra gráfica, recordatorio de *Página 12*, recuerdo de compañeros de barrios/villas; actas de diputados del Congreso. Más tarde sus nombres habitaron hermosas y potentes baldosas y un monumento central, pero ambas iniciativas serían “de la memoria”. La Cátedra Libre de Derechos Humanos, en cambio, era del antes. Jugando con Urondo, la Cátedra fue un hito en mis (nuestros) primeros “pasos previos” a la estatización de la memoria.

RECIBO

Un día nos avisan que tienen algo para nosotras. El trabajo sostenido y colectivo de ese grupo humano que fue dando continuidad a la Cátedra lo había logrado. Habían localizado, identificado y reparado los legajos universitarios de estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras. Entonces entro otra vez al aula. Lo primero y lo último que vi: las paredes con los nombres de los hijos de Juani y sus amigos ¿pintados? Puede ser.

Nos acomodamos entre la gente y cuando levanté la vista, allí, detrás del escritorio vuelto mesa de ceremonias estaba ella, Silvana Campanini. Había sido mi profesora de Antropología II. Era parte, parece que fundamental, de ese trabajo. Yo no lo supe hasta entonces. Estaba hermosa, con sus ojos grandes, intensos. Sonreía y cada tanto tocaba las carpetas, las miraba, las acomodada. Yo imaginaba que las estaba despidiendo, me fijaba en sus manos. Probablemente me hubiera acercado a saludarla, a decirle que había sido su alumna, que me encantaban sus clases y que me emocionaba verla allí en un día tan emotivo para mí. Pero recordé que no hacía tanto le había arruinado su computadora al pasarle (sin saberlo) un archivo con virus en una entrega de parcial domiciliario. Eran los años 2000, ella tampoco manejaba muy bien los antivirus y me lo hizo saber. No, claramente no era el momento de presentarme y perturbarla con ese recuerdo sí vivido.

Entonces así seguí en el rol de estudiante encubierta haciendo prevalecer el de familiar, de hija, de sobrina. Recibí cada uno de los tres legajos en

medio de entrañables aplausos compañeros. Me dejé cuidar, mimar, abrazar. Agradecí. Me dejé recibir. Cientos de nosotros nos dejamos. Revuelo hermoso de padres, madres, hermanos, tíos y abuelos lanzados al encuentro.

Las páginas viejas, las fotos, las calificaciones, las cortas trayectorias educativas estaban ahí. Entonces, algunos “recuerdos no vividos” tomaron forma, se acomodaron entre las letras, las firmas, los sellos, las grillas de calificaciones. Soportes que ahora permitían imaginar las asambleas universitarias, la compra de libros usados y las reuniones con compañeros. Los cafés, las complicidades y las consignas. Todo estaba allí, recuperado. Trabajo colectivo de docentes, no docentes y estudiantes. Superhéroes que no se salvaron solos encausando la descarrilada burocracia universitaria. Descarrilados. Que se salieron de su carril. O que los salieron de su carril. Que las salieron de su carril. No lo sabemos. ¿Volverán? ¿Alguna vez estuvieron? Pienso ahora: ¿Lograremos recuperar esa parte de la verdad? ¿Se dejarán? ¿Se dejarán salvar colectivamente como su abuelo hubiera querido?

SIENTO

Los legajos siguen en mi biblioteca, un poco escondidos, íntimos. Uno al lado del otro como en pilita. Cerca de otros legajos también, más oscuros. Prontuarios. Recuperados. Por compañeras de Rosario. De nosotras. De las que nos salvamos. Duelen. Por eso medio escondidos. Se ven y no se ven. La culpa. ¿Tendrían que estar en un lugar más lindo? Es que a veces quiero visitarlos y a veces no. Es que a veces me recuerdan lo que no pudo ser. Es que son y no son. Son y no son. Como los dos que estamos buscando (entre tantos nietos más). O como la risa suspendida de Juani con Oesterheld, en ese encuentro trunco de la plaza de 1976.